

URUBUES, NEGROS Y SABALOS

Cuando los navegantes del XVI, que surcaban el Mar de los Caribes buscando refugio en la bahía de Cartagena, avistaban el mayor de los cerros situados al este de la ciudad, lo designaron con el nombre de La Galera. A distancia, la configuración exterior del monte, afecta la forma de la levantada popa de aquel tipo de viejas naves, cuya obra muerta anterior, hasta la proa, era más baja. De tal accidente orográfico deriva la toponimia simplificada que aún prevalece—La Popa—. Aplicado al convento que más tarde, coronando la atalaya natural, construyeron los Agustinos descalzos.

Todo el que quiere gustar el panorama sorprendente de la bahía de Cartagena de Indias, hasta más allá de Tierra Bomba por un lado y el mar abierto por el otro, asciende a La Popa. Allí, además del paisaje marítimo, tiene oportunidad de admirar un bello claustro, de doble arcada románica, obra de Fray Juan Pescador, que subsiste en la parte desmantelada.

En el ascenso o el descenso a la sagrada colina, el reposo o el vuelo de alguna bandada de urubúes, con su sanguíneo cuello desplumado, su largo pico ganchudo y el denso plumaje negro, impresionará la retina del pasajero advenedizo. Se trata del más vulgar de los buitres americanos, en esta tierra conocido con un nombre más doméstico: gallinazo. Nombre que revela cierta familiarización con el ave carnívora, a la cual hemos de ver poco más tarde dentro de la ciudad, en pleno mercado, saltando sobre los dinteles, en espera del diario banquete marino.

Hasta los tinglados donde se aglomeran los traficantes de la pesca, llega el mar. Poco más afuera merodean los tiburones. Un rudimentario espigón de madera, que termina en martillo, soporta diariamente considerables cargas de sábalos y de negros. El tamaño de los sábalos es tan desorbitado que no pueden verse enteros. Cuando los negros pescadores de los cayucos, desembarcan estos argentados peces—especie distinta a nuestra "alosa alosa" anadrómica—, otros negros, provistos de enormes cuchillos, inician el descuartizamiento sobre el tablado acuático. Los trozos van pasando a manos de obesas mujeres del mismo color, que, esparramadas ante las tinajas, proceden a lavar la preciada mercancía.

Los despojos del sáballo cubren las tablas del espigón, las piedras del dique, el suelo de los tinglados... Escamas como conchas de almeja grande, cubiertas con una película de plata, alfombran cada mañana la pequeña dársena pesquera. El blanco sáballo, el opulento pez de plata, es la renta del negro cartagenero, nieto de los esclavos y de los cimarrones, que trabajaron en las haciendas de la colonia.

Pero sobran las vísceras del pródigo acaopterigio. Y allí están los otros negros, los del aire, los urubúes que bajan al mediodía de los manglares de La Popa, para saciar en ellas su voracidad. También los sábalos de plata son renta diaria de los urubúes.

MAREIRO.

COMO LA LOCALIZACION M

Por V. PA

El factor de la localización, revelado en toda su trascendencia por la economía geográfica, condiciona más o menos la rentabilidad de todas las industrias. Cuando se trata de considerar su influencia en la explotación marítimo-pesquera, el problema adquiere una complejidad anormal si se le compara con la que puede revestir en las actividades terrestres.

“La mejor localización —escribe Hoover— es la que suponga un costo de transferencia menor”. Al aplicar este principio en economía de la pesca, es indispensable situarse en el puerto, foco en torno al cual gira el proceso productivo. Después entran en juego las distancia existentes desde la base operativa: a) a los caladeros que habrá de recorrer la flota; b) a los mercados consumidores, que habrán de recorrer los productos extraídos, y c) a la fuente de los suministros, que habrán de recorrer los combustibles, materiales, pertrechos, etc., necesarios para alimentar la fase de captura.

Tres caras del problema. Corresponden a tres tipos de costos de transferencia, que la Empresa pesquera está obligada a soportar. Y que soportará en mayor o menor proporción, con gravitación variable sobre su ingreso bruto, según la forma en que a su actividad se ofrezca la “distribución real de los recursos”.

Distancia a los caladeros

La industria española mueve al año unas 700.000 toneladas de pescado fresco. Aunque la estadística oficial acuse menos, el peso real de los productos capturados excederá tal vez de aquella cifra.

Como no se computan por ahora más que cantidades desembarcadas y precios primarios —salvo para alguna especie objeto de especial control—, carecemos de datos hábiles para determinar con seguridad la procedencia de las especies diariamente introducidas en la despensa del país. No obstante, hay suficientes elementos en el conocimiento vulgar para tener por admitido que los bancos del mar céltico, Terranova y Africa occidental proporcionan el volumen mayoritario de nuestra cosecha ictica. Después, con coeficientes mucho más bajos, los fondos del golfo de Vizcaya, los adyacentes al litoral occidental ibérico, los del Mediterráneo...

Así, el trabajo de la flota resulta condicionado, en primer término, por la distancia que separa las bases de los

caladeros. Por las 400 ó 500 millas desde Pasajes a Grande Sole o al O. de Irlanda; las 2.000 ó 2.200 desde Vigo o La Coruña al Gran Banco del Oeste o a Groenlandia; las 600 ó las 1.000 desde Cádiz o Huelva a Canarias o al Senegal... Estas distancias son prácticamente iguales para los pesqueros españoles y portugueses, desde bases peninsulares; pero ninguna otra flota europea de países atlánticos resulta sometida a un esfuerzo industrial tan considerable. Noruega, Inglaterra, Alemania occidental, Dinamarca, Francia..., disfrutan de un evidente privilegio de proximidad a los fondos más pródigos del Atlántico Norte. Los países privados de esta primacía natural sólo pueden compensar la desventaja perfeccionando cada vez más la flota, apurando la eficiencia técnica en la evolución de su equipo. Buen ejemplo lo ofrece Italia, participe también en las pesquerías occidentales, a pesar de su rezagada localización.

La producción por regiones

Dentro del marco hispano, esta irreversible premisa geográfica se ha reflejado ostensiblemente en la distribución del censo industrial pesquero. De las 700.000 toneladas en que se estima el promedio anual de la producción española, aproximadamente el 30 por 100 se desembarca en una sola región: Galicia. Tal coeficiente habría crecido mucho si las 240.000 toneladas en que puede cifrarse la entrada total en los puertos del Noroeste durante el año último no resultaran afectadas por un sustituyendo de aproximadamente 50.000 más. Son éstas las que podrían representar la cosecha normal de sardina sobre las exiguas cifras que se vienen registrando, un año tras otro, desde 1946.

En las regiones Cantábrica, Suratlántica y Canaria, conjuntamente, se desembarca el 50 por 100 de la producción pesquera nacional. Es interesante señalar que casi la mitad de este volumen de capturas debe atribuirse a la flota gallega, eventualmente transferida a diversas bases.

Esta vinculación de la potencialidad pesquera española al Atlántico fué entretista por los fomentadores catalanes hace dos siglos. Su migración a la costa occidental proporcionó el impulso decisivo, primero a la industria del prensado, y después, a la creación de uno de los núcleos conserveros más importantes del mundo, hoy en agobiante postración.

FLUYE EN LA PRODUCCION

ANDRADE

Flota renovada y flota desplazada

Las consideraciones hasta aquí expuestas no deben conducir a precipitadas conclusiones. Una de ellas podría llevarnos a suponer que el emplazamiento de la costa ibérica no es tan favorable como fuera de desear para emprender una explotación pesquera en gran escala. La realidad demuestra lo contrario, pues si España ha logrado situarse en el sexto o el séptimo lugar entre las grandes naciones pesqueras del globo, el factor de la localización necesariamente ha de considerarse como responsable principal de tan afortunado desenvolvimiento.

La aparente discrepancia entre este resultado y aquel supuesto, desaparece si tenemos lucidez para apreciar los efectos en que se traduce la causa económica a la cual nos venimos refiriendo. Efectos anulatorios para la flota de escasa autonomía y de costoso sostenimiento, que con el tiempo se van agudizando. Primero, por la escasa productividad de las aguas próximas y la reducida extensión de la plataforma ibérica sumergida. Después, porque con el sucesivo encarecimiento de los costos de combustibles, artes, reparaciones, etcétera, numerosos buques que en otras circunstancias hubieran permitido una explotación rentable se convirtieron en antieconómicos.

Afortunadamente, en el sector de arrastre se operó una evolución acelerada hacia la adopción de naves más veloces, capaces y mejor habilitadas. Merced a ella, los bancos de Terranova se hicieron asequibles a la flota de parejas, como antes los del mar celtico y los de Africa hasta cabo Blanco del Sur.

La progresión de la flota dedicada al pescado blanco hizo más patente la regresión, o cuando menos el estancamiento, de la tradicionalmente armada para la captura de clupeidos y túnidos. Estas dos familias, con la de los gádidos, constituyen los más fabulosos filones de la fauna oceánica. España, que mantiene principalmente a expensas de la última su actual nivel de productos, disfruta de una localización altamente beneficiosa para emprender la extracción masiva de las dos primeras. Y, en cambio, tiene hoy reducida su captura a un ritmo meramente estacional y casi doméstico.

Si las dos ramas rezagadas hubieran

obtenido un progreso técnico paralelo al alcanzado por la otra, lo mismo que ésta extendió su ámbito hasta Terranova, aquéllas lo hubieran extendido al mar del Norte para pescar arenque; a la costa marroquí, para pescar sardina, y a las proximidades del Ecuador, para desarrollar en el Atlántico la captura del atún, con aliento más o menos comparable al que los norteamericanos emplean en el Pacífico.

Los costos y la localización

La discontinuidad que acabamos de destacar constituye una de las fallas de nuestro sistema económico pesquero. Una entre varias. Con abundancia de sardina en la costa cántabro-galaica, y duplicando o triplicando la producción de grandes escómbridos, algunos de los sectores castigados por la crisis mejorarían notablemente su rentabilidad. Pero la situación general de la economía pesquera española pudiera no ser más próspera.

Porque pescar no es todo. Aunque la situación geográfica de España proporcione bases aptas para aprovechar todas las grandes pesquerías del Atlántico, dentro del hemisferio Norte, la explotación siempre resultará onerosa. A medida que aumenta la distancia de los caladeros no aumentan sólo los costos de transferencia. Paralelamente aumentan los riesgos y disminuyen los días disponibles en la faena de captura.

Mientras un "trawler" inglés o noruego puede efectuar al año cuando menos veinte expediciones a las mismas pesquerías u otras equivalentes, desde bases españolas nuestros pesqueros sólo alcanzarán a realizar la mitad. Por tanto, el costo unitario de cada kilogramo de pescado siempre resultará entre nosotros mucho más elevado.

Esta desventaja inicial se agravará si se suman a ella las derivadas del atraso técnico en gran parte del equipo de captura, el encarecimiento excesivo de suministros y transportes, la presión fiscal excesiva e indiscriminada, la ineficiencia de la organización comercial, la rigidez de la demanda originante de caídas espectaculares en los precios, etcétera. Factores todos ellos que gravitan sobre el ingreso de la Empresa productora, deprimiéndolo y haciéndolo inseguro.

Debido a la imposibilidad real de controlar el volumen de la oferta y a la condición ultraperecedera del producto ofrecido, la reabsorción de los costos

totales en el precio—que debiera formarse con la adición a aquéllos del beneficio industrial—resulta prácticamente inasequible al productor pesquero. Este queda, en mayor medida que cualquier otro industrial, expuesto a una doble veleidat: la de la mar, que puede mostrarse avara o pródiga, y la del mercado, que generalmente es adversa cuando la primera es favorable.

La necesidad de un plan

Al llegar a este punto resulta inevitable recordar cierta frase de Arthur Lewis: "Ya no hay ningún creyente en el "laissez faire", excepto entre las personas que están al borde de la locura". Porque en economía de la pesca, el sistema de la promoción espontánea y el reajuste automático ha expedito su vigencia y desbordado su órbita.

Todos o casi todos los factores responsables de la quiebra de rentabilidad que actualmente oprime el negocio pesquero y condena las industrias transformadoras a un régimen de semi-inactividad, tienen su raíz en el achaque denunciado en la cita del economista británico. Son la consecuencia directa de la desarticulación, de la ausencia de una orientación total para el desarrollo equilibrado de la producción, partiendo del imperativo económico, que deriva de la localización de nuestras bases industriales. La consecuencia, en suma, de la falta de una mínima "planificación de prioridades de la producción", como diría Bárbara Wolton. En este caso debería, además, comprender la reorganización de la distribución, la intensificación de la demanda, el ensanchamiento del mercado.

La economía del "dejad hacer" puede no resultar nociva, y aun parecer eficiente, en los estados iniciales del desarrollo industrial. Cuando éste se hace adulto y la estabilidad de los niveles de producción conseguidos se torna vulnerable por diversos flancos, las industrias necesitan organizar "pari pasu" sus defensas dentro de una ordenación económica acomodada a las necesidades, correctora de las insuficiencias y preventiva de las fluctuaciones cíclicas de signo adverso.

A medida que progresa el volumen de los bienes producidos es indispensable que se perfeccione el instrumento jurídico y económico llamado a ordenar las relaciones internas y a asegurar la fertilidad del esfuerzo productor. Objetivos que no dependen de la propia industria ni del éxito que ésta alcance en su lucha, sino del clima en que se desenvuelva, de la comprensión que encuentre, de la armonización de sus intereses con los concurrentes en la misma área comercial.

Las expansiones de la prosperidad, o simplemente de la vitalidad, reclaman lo suyo, la paralela progresión en los dispositivos legales para evitar que los obstáculos tradicionales se conviertan en yugulantes del movimiento ascensional emprendido.